

Sobre la ortografía

Carta abierta a don Francisco Secadas

MANUEL CARDENAL IRACHETA

Sr. D. Francisco Secadas. Madrid.

Mi buen amigo: Una cariñosa mención de mi persona en un admirable artículo, «El tabú de la ortografía», publicado en el número 191 de esta Revista, me mueve a dirigir a usted esta carta, que pretende ser un comentario a sus ideas.

Hace tiempo que me he ocupado, con poca autoridad, sin duda, y poco éxito, de cómo deben hacerse las pruebas llamadas exámenes (en el Bachillerato, que es donde tengo experiencia) y de otras *minucias* pedagógicas. Pero no veo a mis compañeros ni conscientes de los problemas, ni mucho menos preocupados por resolverlos. La fuerza brutal de los hechos—el haberse elevado a miles el número de exámenes, tal vez a decenas de miles las pruebas trimestrales—ha obligado a los profesores a practicar *ejercicios escritos*. Esto ha sido una ventaja, pues el examen oral—la clásica *interview*—tiene muchas dificultades y requiere un verdadero talento para el caso en el examinador. La cuestión de la ortografía se ha planteado entonces con agudeza y frecuencia. Y como es notorio, ha surgido el profesor que suspende en *química* por faltas de ortografía. No sabemos las faltas que el propio profesor cometería, pues hay que decirlo claro, la ortografía es muy difícil y muy extenso su dominio.

Lo primero que hay que decir es que no existe en España un *español del rey*. Parece que la Real Academia de la Lengua debía—y así lo pretendió—ejercer un dominio saludable sobre cuestiones del lenguaje español. Mas después de sus últimos decretos, muchos han empezado a dudar de su prudencia. El quitarle la *p* a *psicología* y dejarla en *sicología*, que en su etimología valdría ciencia de los *higos*, parece una broma. Es una desconfianza en la capacidad del público español, una huida ante las dificultades, tan, por otra parte, de nuestro tiempo de predominio de las masas. ¡Oh vulgo, *vulgacho!* (Todo país culto ha conservado *psychologia*, que es más etimológico, aunque más difícil.)

Claro que a veces de ese vulgo o masa sale un hombre distinguido, dotado, lleno de talentos, y entonces se hace preciso tenerle en cuenta.

—*Uno* = Dicen que se debe decir *así*.

—*Otro (campesino)* = Yo diría *asín*.

—*El Guerrita* (famoso matador de toros, cordobés) = Zeñores, se debe decir *asina*.

Las formas *asín* y *asina* son populares, mas ¿está todo el español legislado por normas del «español del rey»? De ningún modo (y «El Guerra» era una autoridad en muchas cosas).

La ortografía no siempre es fonética. Los españoles—salvo los levantinos—no pronuncian la *v*, hecho que los romanos advirtieron, y dio lugar a la broma que nos gastaron diciendo que éramos un pueblo feliz para quien *vivir* (vivere) es *beber* (bibere). Si el que escribe no sabe de antemano la ortografía de las palabras con *b* o con *v*, de nada le sirve oír las pronunciar al que habla o lee, salvo que sea un pedantón que, pronunciando, diga *vuelta* y no *buelta*, que es como ordinariamente diría, pongo por caso. La *h* es muda en Castilla, pero al principio de dicción suena ante el diptongo *ue*, así en *güevo* o *güeso* (como escribió Quevedo). Para saber el porqué de esto hay que recurrir a la etimología (*ovum*, *ossa*) y explicar muchas cosas que no siempre están a la altura del maestro. Sin insistir más, puede generalizarse y decir que para enseñar la ortografía en sus fundamentos habría que enseñar tantas cosas que se ve no están al alcance de un niño. La ortografía, pues, en su aprendizaje, está siempre *latente*, como dice usted muy bien.

Es verdad que se pueden aprender ciertas reglas, pero no son suficientes para la mayoría de los casos, y precisamente las palabras más vulgares, como los verbos irregulares—los más usados—, caen fuera de esas reglas generales. No se puede, pues, descalificar a un niño porque tenga una ortografía deficiente. Por otra parte, un niño nunca puede escribir bien, sino lo que *oye realmente*, y no oye sino lo que ya ha oído. Si le han enseñado a escribir

—y a entender— 600 u 800 palabras en la escuela, hay muchas probabilidades de que ese niño —si es un niño normal— las escriba bien. Pero se hará preciso que el maestro le enseñe cada *día* las palabras corrientes, fuera de toda regla (fácil), como son los verbos auxiliares *haber, ser, estar*, y los irregulares *oir, ir, contar, huir*, etc. Los más corrientes son los más difíciles. Después aprenderá las reglas de los acentos, que son fáciles, y unas docenas de palabras comunes con *h*, que es la gran dificultad.

En un *test* que usé para examen de ingreso en el Bachillerato se preguntaba:

¿Dónde vive el Papa?

Una niña escribió: Papá vive en casa. Preguntada oralmente, dijo que no sabía lo que era el acento gráfico. No podía distinguir a la vista entre *papá* y el Papa. Error enorme fue obligar a dictar del *Quijote*. Será difícil encontrar una página de nuestra inmortal novela donde no se halle un vocablo ininteligible para el español de hoy. Un niño con fantasía le pondría una *h* a *enea* o *anea* (una silla de anea, dice Cervantes) y no podrá escribir sin vacilar *esquife*. Son objetos fuera de nuestro actual ámbito vital y cultural. ¿Nos escandalizaríamos por ello?

Otros elementos ortográficos—o mejor *tipográficos*—que no palabras, para él sin sentido, ha de aprender el niño de hoy. Por ejemplo, el uso de las dos rayas (—) para separar una frase aislándola. O las comillas («»). Mi maestro

don Julio Cejador, gran latino, me contó que cuando niño durante mucho tiempo creyó que el dispositivo tipográfico de la división

$$\begin{array}{r|l} 12 & 4 \\ -12 & 3 \\ \hline 0 & \end{array}$$

representaba algo que realmente se *cocía* en el llamado *cociente*, que es derivado de *quotiens* (cuantas veces). Nadie le había dicho que era un signo *tipográfico*. El signo tipográfico de la división era para él un *hornillo*, o caldera, una imagen de una acción. Hay, pues, que tener cuidado con los signos, mas un niño de ocho años debe empezar a dominar *signos* que no sean estrictamente ortográficos. Por ejemplo, debe saber que los dos puntos (:) significan *división*, y que también significa lo mismo la raya horizontal

$$\left(\text{—}, \frac{1}{2} \right)$$

y poder leer : = —.

La carta se hace larga, perdón. Mi enhorabuena por su acertada intervención en esta cuestión *candente* verdaderamente en nuestros hábitos pedagógicos.

Suyo,

MANUEL CARDENAL IRACHETA